

DEL SOL DE LOS VENADOS



Vivió Silvia Lorenzo en el Agrado (Huila) sus tiempos de niña y el florecer de su adolescencia. Allí debió la inspiración de sus primeros versos.

Hoy, en el atardecer, como un sol en lo más espléndido de su carrera, destella su luz vespertina como una fundición de oros sobre la sabana de Bogotá.

Su libro, *Del sol de los venados*, la consagra como poetisa, como poeta en el más genuino sentido, fundiendo en su áureo resplandor el soneto expresivo de la naturaleza con el eco de los clásicos, como queriendo acercar a José Eustasio, el poeta de su tierra, a Lope, el de la lejana edad de oro del idioma.

*...Aún hay luz en mis sendas soledosas,
y sobre los escombros de las cosas
sigue el verso asperjando resplandores.*

Y en otro soneto afirma también:

*Escribo sin razón y a la deriva.
Hoy no preciso valladar, ni criba.
Que está mi corazón regocijado.
Y al entonar el salmo de mi gozo,
el verso fluye manso y cariñoso,
como arisco lebrel domesticado.*

Y es verdad. El ritmo del idioma se le somete y hace con él lo que quiere. Camina por sendas inéditas hacia insondadas profundidades con clásica sencillez.

Manifiesta nuevos ángulos de visión en todos los temas: el amor, el paisaje, la pena y la alegría tienen novedosos aspectos que nos recuerdan que la poesía aún tiene vigencia.

La vida, las cosas, el sentimiento, la belleza van soltando su canto en vuelo misterioso y donde termina la sencilla palabra, salta la imagen, la metáfora o el símbolo con nuevo poder significativo.

A pesar de los tiempos que vivimos, no ha muerto la poesía. La palabra tan maltratada y engañosa en esta hora, toma vigor en la verdad y en la belleza del poema encantado.

«..Y en la tarde de rostro claro-oscuro» el poeta que palpita en Sylvia Lorenzo, es capaz de «en las mínimas redes de un soneto, aprisionar un pensamiento puro», como lo quería José Asunción Silva.

El castellano, como un torrente, «así en dolor y gozo entretreído, sobre el viento de América tendido, reclama en su sitial la poesía» y levanta «su sacra voz creadora, sobre la turbulencia de esta hora de insensatez y de melancolía.»

Muchos otros valores podríamos destacar que envuelven con belleza los afectos y la mística inspiración de sus salmos, donde la hondura del canto compite con la sencillez de la expresión.

Cedo a la tentación de señalar el soneto Coloquio con mi aldea como portador de una delicada precisión de los valores de su Agrado nativo y del modo como regresa a él, solitaria y deslumbrada:

*Tierra del aire siempre mañanero.
Diáfana tierra de la hidalga historia.
Vuelo a tí como el ave migratoria
que vuelve en busca del primer alero.
La infancia rubia en mínimo velero
se alejó de tu orilla promisoría.
Llevaba entre su hatillo tu memoria
hecha de bruma y polvo caminero.
Hoy he perdido todos mis amores;
tan sólo me quedaron los colores
del cielo que me diste y que me alumbra.
Y vuelvo a tu solar en esta hora
para que cantes mi primera aurora
sobre esta soledad que me deslumbra.*

Luis Carlos Herrera, S.J.